

España. — Vista de Pamplona, patria de Mina

CAPÍTULO II

MINA, GUERRERO É ITURBIDE. EL PERÍODO DE TRANSICIÓN

EL NUEVO VIRREY Y LA NUEVA POLÍTICA. UN EPISODIO HEROICO: MINA. LA PACIFICACIÓN. GUERRERO EN EL SUR. LA INDEPENDENCIA

EL ejército que Calleja dejó á su sucesor constaba de cuarenta mil hombres bien organizados y de otros tantos distribuidos en cuerpos locales; podía decirse que unos ochenta mil hombres se ocupaban en la tarea laboriosa de la represión, que adelantó sin cesar. La Hacienda no carecía de recursos, gracias á los nuevos impuestos y á pesar de las dilapidaciones de Calleja y sus favoritos; pero dos circunstancias fueron, sobre todo, de funesta trascendencia para los insurgentes, devorados por las disensiones é incapaces de reconocer un centro de gobierno y acción: primero, las instrucciones de observar una política de perdón y olvido, hasta donde fuese posible, dadas al nuevo virrey Apodaca, que hacía contraste con su antecesor Calleja por su bondadosa índole; y segundo, la facilidad de enviar fuerzas de la Península, en donde estaba casi desocupado el ejército que había hecho la guerra y que no había sido licenciado. La gravedad de esta última circunstancia se atenúa, para los mexicanos, por la necesidad que tenía España de diseminar su atención y

sus recursos en toda la América española, que, idénticamente á nosotros, ardía en levantamientos y combates desde el istmo de Panamá hasta el Sur de Buenos Aires y Chile.

Obrando sin unidad ni concierto, y á pesar de la superioridad que la disciplina, el armamento y los recursos daban á los realistas, verdaderamente sorprende y admira lo que los insurgentes lograban hacer. Habían construído, en lugares casi inaccesibles, fuertes en donde depositaban cuanto podían allegar en materia de armas y municiones; los más célebres de estos cerros fortificados, algunas veces con maravilloso instinto militar, fueron Cóporo, en Michoacán, el Sombrero y los Remedios en las sierras que dominan el Bajío y Jaujilla, en medio de la laguna pantanosa de Zacapu (Michoacán), que servía de refugio á los últimos vestigios del Congreso de Apatzingán, constituidos en Junta gubernativa que difícilmente podía extender su radio de acción hasta el Bajío. Terán y Victoria en las sierras orientales, entre Puebla y Veracruz; Guerrero, Ascensio, Bravo, los Rayón en el macizo orográfico que une las dos cordilleras, y Torres, Moreno y otros en los límites de la Nueva Galicia y el Bajío; en las llanadas orientales de la Mesa central, Osorno, los Villagrán y otros recorrían infatigablemente el país. En el lago de Chapala un puñado de héroes, adueñado de los islotes principales, desafió años enteros todos los esfuerzos del gobierno español.

Los insurgentes vivían sobre el país y esquilaban las haciendas, destruídas casi siempre cuando eran de españoles; además de las contribuciones y rescates que exigían de los pueblos, frecuentemente incendiados por cabecillas feroces, como Osorno en los llanos de Ápam ó el segundo padre Torres en el Bajío, se proporcionaban recursos con los peajes que les pagaban las mercancías en su tránsito, con lo que solían producirles los asaltos á los convoyes, etc. Todos acudían á estos medios, pero eran necesariamente precarios é imposible concentrarlos, dada la organización de los patriotas. A esto hay que añadir, para poderse hacer cargo del agotamiento del país, cinco años después de haber estallado la revolución, agotamiento que fué el origen principal de la pacificación lograda por el nuevo virrey Apodaca, la conducta de la mayor parte (hubo muy honrosas excepciones) de los jefes realistas. No nos referimos á sus crueldades: lo cierto es que compitieron unos y otros en ferocidad en la guerra, y Morelos nada tiene que envidiar á Calleja, ni la inhumanidad de Iturbide es superior á la de Hidalgo, por desgracia; por eso brilla tan alto y tan puro el acto de clemencia de Bravo perdonando á los prisioneros españoles y dándoles libertad al saber el fusilamiento de su anciano padre; es una estrella divina en aquel infierno moral. Nos referimos á los abusos de los jefes realistas para enriquecerse; los brigadieres Cruz y Arredondo habían constituído en su provecho, en Nueva Galicia el primero, y en las provincias internas de Oriente el segundo, unas verdaderas satrapías, en las que nada podía de hecho el virrey y en las que el comercio estaba absolutamente á merced de los gobernadores. En el Sur, Armijo, en el Bajío, Iturbide, y otros cien en todas partes, estaban empeñados en mantener viva una guerra que les producía pingües rentas y que extraía á torrentes la sangre y el oro de la exhausta Nueva España.

Apodaca tuvo la fortuna de modificar algo este estado de cosas, procurando á todo trance llegar al fin de la lucha y mezclando la fuerza y el perdón, los regimientos que llegaban de España y los indultos, aun á los más sanguinarios cabecillas insurrectos. Antes de la expedición de Mina, en 1817, la laguna de Chapala, después de cinco años de resistir y combatir sin tregua, fué pacificada por Cruz, gracias á una capitulación honrosa del

grupo de indígenas que se había adueñado de la isla de Mexcala; fué ésta la primera capitulación oficial en aquella terrible lucha. Lo mismo sucedió con Cóporo, en cuyas faldas habían sido tan frecuentemente rechazados los realistas, que capituló también; y Mier y Terán, el más ilustrado de los jefes militares de la insurrección, también se vió obligado á rendirse junto á Tehuacán. Gran número de cabecillas insurgentes, como Osorno, se acogieron á los indultos. Victoria, Bravo, Guerrero, Rayón, la junta de Jaujilla, los fuertes



D. Guadalupe Victoria

de los Remedios y el Sombrero, resistían; mas todo era ya cuestión de tiempo: la insurrección parecía tocar á su término. Apareció entonces en las costas del Golfo un caudillo español que venía á renovar la lucha. Mina no tenía treinta años; escapado del colegio al estallar el levantamiento nacional contra Napoleón en España, había sublevado Navarra y el alto Aragón; capturado por los franceses, completó su educación al lado de un incansable conspirador contra Napoleón, el general Lahorie, en los calabozos de Vincennes. Regresó á España á la caída del Emperador, lleno de anhelos de libertad el corazón y de ideas de regeneración social y política el espíritu; la actitud de Fernando VII en el trono que su cobarde abyección debió haberle hecho perder para siempre, lo sorprendió, lo indignó, y protestó contra ella con las armas en la mano. Fué vencido, huyó á Inglaterra; allí, el padre Mier, un dominico que por sus ideas había sido víctima de las persecuciones de la Iglesia y del Estado, lo convenció de que, sirviendo la causa de la Independencia en México, combatía contra Fernando y por sus ideales de libertad, y que era en la libertad y no en la guerra en donde España y sus libres colonias podían tornar á unirse en lo porvenir. Mina, que por su importancia en las logias masónicas podía ponerse en contacto con hombres dispuestos á sacrificar sus vidas en aras de sus propósitos de emancipación humana, pasó, con un puñado cosmopolita de aventureros ávidos y entusiastas, de Inglaterra á los Estados Unidos, á Haití, al puerto de Gálveston, en donde organizó definitivamente su expedición, y abordando en Soto la Marina

de los Remedios y el Sombrero, resistían; mas todo era ya cuestión de tiempo: la insurrección parecía tocar á su término.

Apareció entonces en las costas del Golfo un caudillo español que venía á renovar la lucha. Mina no tenía treinta años; escapado del colegio al estallar el levantamiento nacional contra Napoleón en España, había sublevado Navarra y el alto Aragón; capturado por los franceses, completó su educación al lado de un incansable conspirador contra Napoleón, el general Lahorie, en los calabozos de Vincennes. Regresó á España á la caída del Emperador, lleno de anhelos de libertad el corazón y de ideas de regeneración social y política el espíritu; la actitud de Fernando VII en el trono que su cobarde abyección debió haberle hecho perder para

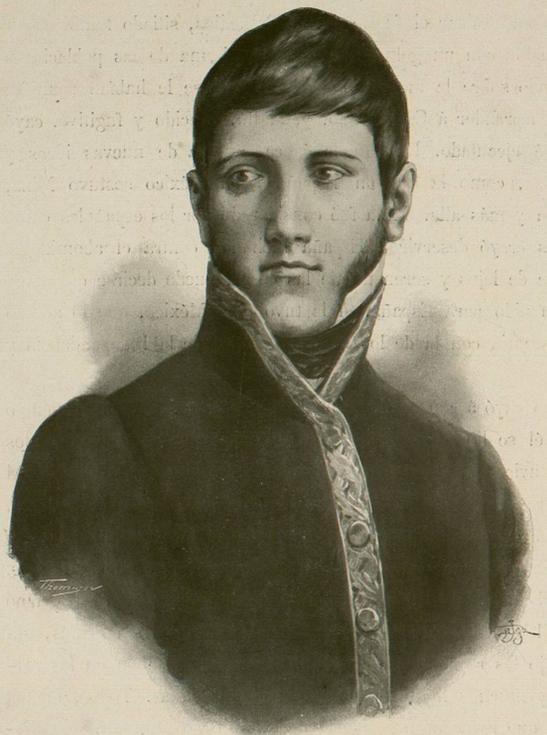
las costas mexicanas, dió principio al período heroico de su temeraria empresa en Abril de 1817.

La marcha del nuevo caudillo mexicano desde Soto la Marina al fuerte del Sombrero, combatiendo, venciendo y sembrando el estupor en las autoridades españolas, es una epopeya: su resistencia á Liñán, el flamante oficial llegado de España con las tropas auxiliares; sus tentativas para salvar el fuerte del Sombrero, capturado al fin por el jefe, que tuvo oportunidad de ejercer con los prisioneros actos de crueldad abominable, asombran por la energía y el valor desplegados. Pocos y buenos quedaron á Mina de sus compañeros de expedición; convencido de que, para salvar el fuerte de los Remedios, sitiado también por Liñán, había que llamar la atención con un golpe certero sobre alguna de las poblaciones del Bajío, lo recorrió, organizando sobre la marcha los grupos que se le habían reunido; penetró en Michoacán, intentó sorprender á Guanajuato, y, al fin, vencido y fugitivo, cayó en poder de los realistas y fué ejecutado. En aquella época, aurora de nuevas ideas y nuevas patrias, las causas santas, como la que en España y en México sostuvo Mina, eran una suerte de patria común y más alta. Mina fué considerado por los españoles como un traidor; jamás lo fué, jamás creyó deservir á España luchando contra el abominable tirano de Madrid; hoy, viendo ya de lejos y serenamente las cosas, puede decirse que tenía razón, y que si no la hubiese tenido para España, sí la tuvo para México, que lo adoptó como hijo, que confundió su memoria con la de los heroicos padres de la Independencia y que la glorifica y la bendice.

El cerro de los Remedios no cayó á consecuencia de la muerte de Mina, largo tiempo resistió; los combates que en él se libraron son hazañas de primer orden en que los oficiales extranjeros de Mina obtuvieron prodigios de valor de sus soldados mexicanos. Al fin sucumbió; el aliento que la revolución comenzaba á recobrar con la presencia de Mina, tornó á apagarse; los cabecillas morían, algunos bravísimamente; otros se indultaban, así lo hicieron casi todos los oficiales de Mina; otros, como Rayón y Bravo, eran capturados, perdonados y mantenidos en prisión. En 1820 el país estaba casi pacificado. El supremo esfuerzo hecho por los cien mil realistas, que combatían contra partidas sin armas, sin conexión y sin disciplina, produjo los resultados esperados; los que no estaban en las prisiones se acogieron al indulto, y muchos figuraron en las fuerzas realistas. Todos, menos Guerrero y Ascencio en el Sur, que rechazaron la oferta de indulto y continuaron combatiendo sin tregua; otros esperaban ocultos, como Victoria, el día del triunfo indefectible; todos lo esperaban. El movimiento de independencia se transformaba en los espíritus en calor de esperanza, ¡que las fuerzas psicológicas se transforman las unas en las otras como las fuerzas físicas! El país era una ruina inmensa; del Istmo al Norte, llanos y montes habían sido empapados en sangre; nuevas condiciones exteriores favorables y el fenómeno de 1810 se reproduciría con fuerza incontrastable. Así fué.

La primera insurrección había podido estallar gracias á las circunstancias singulares por que atravesaba España entre 1808 y 1810; la reorganización del absolutismo, á la caída de Napoleón, había hecho posible la represión momentánea del movimiento; pero éste se había adueñado completamente de los espíritus, al grado de que, en la porción activa de la sociedad, la dominación española sólo tenía de su lado á las autoridades superiores, parte

del alto clero, la mayoría de los españoles europeos, no todos, una minoría de criollos y unos cuantos entre los mestizos, como el coronel Armijo, y otros tantos entre los indios educados. En cambio, una buena fracción del clero superior, de la Audiencia, casi todo el clero bajo, casi todo el personal mexicano empleado en la justicia ó la administración, la mayoría de los criollos, la inmensa mayoría de los mestizos, que habían soportado todo el peso de la lucha por la independencia desde 1811, y las masas indígenas, trabajadas por los curas, formaban el partido de la independencia y atisbaban en el correo



D. Javier Mina

de España el momento propicio para entrar en acción. El ejército, con excepción de pocos jefes y soldados, estaba completamente minado por la francmasonería, importada en España desde fines del siglo por los franceses, con un tremendo espíritu de proselitismo; todos los españoles masones eran enemigos del absolutismo y anhelaban el advenimiento del gobierno constitucional; los oficiales mexicanos eran, en su totalidad casi, independientes, aun los mismos que habían combatido á los insurgentes, y todos los indultados; muchos de ellos eran también francmasones. Tal era la situación psicológica, digamos, del país en 1820; de esto se hablaba en todas las reuniones, corrillos y tertulias de españoles ó mexicanos. Las noticias de España,

que mostraban claramente la efervescencia precursora de una revolución, alarmaron á los absolutistas, no porque fueran radicalmente enemigos de un gobierno constitucional, sino de la Constitución de 1812, que les parecía una puerta abierta para la destrucción del catolicismo en España; de aquí que algunos clérigos y funcionarios prominentes se reunieran para departir sobre lo que convendría hacer en caso de que la Constitución fuese proclamada; é íntimamente convencidos de que el régimen constitucional tendría por consecuencia indeclinable la independencia, preferían promoverla ellos con exclusión de la Constitución española, haciendo algo derechamente contrario á lo que sostuvieron al derrocar á Iturrigaray.

Cuando se supo en México la noticia del triunfo de la revolución constitucionalista en España, los partidos se exaltaron y los contertulios anticonstitucionalistas del Dr. Monte-

TOMO PRIMERO

Historia política

D. Agustín de Iturbide